



RELATO  
CORTO

LA LILA Y LA  
PIEDRA

OBRA DE CATHERYNNE M. VALENTE

**HISTORIA**

CATHERYNNNE M. VALENTE

**ILUSTRACIONES**

OGNJEN SPORIN

**EDITORIAL**

CHLOE FRABONI, ERIC GERON

**ASESORÍA DE TRASFONDO**

COURTNEY CHAVEZ, SEAN COPELAND

**CONSULTORÍA CREATIVA**

STEVE AGUILAR, ELY CANON, STEVE DANUSER,  
CHRIS METZEN, KOREY REGAN

**PRODUCCIÓN**

BRIANNE MESSINA, AMBER PROUE-THIBODEAU,  
CARLOS RENTA

**DISEÑO**

COREY PETERSCHMIDT, JESSICA RODRIGUEZ



© 2024 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. u otros países.



**E**ntre todos los enormes, escarpados e insensibles peñascos que representan a nuestro pueblo, Dagrañ siempre fue mi flor.

Aunque no le sirviera de nada. Ni a mí.

Pocos imaginan lo duro que es para un enano ser un alma sensible. Puede que sea peor llegar a este mundo cargado con el alma de una hija y no la de un hijo. Ese único azar ha predispuesto gran parte de mi vida, incluso antes de que cogiera las trenzas de mi madre por primera vez. Mi cuerpo ya me lo había robado todo con su primer aliento: era el de una niña y, por lo tanto, no era lo que quería mi padre.

Soy Moira Thaurissan, hija de Magni Barbabronce y su consorte Eimear, princesa de Forjaz, viuda del emperador Hierro Negro y madre de su heredero Dagrañ II. Llevo enfadada desde que era lo suficientemente madura como para recorrer el camino que se extendía ante mí. A veces, creo que mi rabia me sobrevivirá. Creo que cubrirán mi cuerpo con tierra y, mucho después de caer en el olvido, una gema tosca, negra y endurecida entre mis restos se abrirá camino a través del musgo, siseando, rezumando y ardiendo. Quizá la usen para calentar alguna aldea. Una eternidad de hogares calentados y estofados servidos gracias a la amarga furia de la que fui cautiva, pero de la que nunca pude librarme del todo. Me gusta ese pensamiento.

Durante mucho tiempo acumulé mi ira en el pecho, brillante como una de las gemas de ese escudo por el que no dejan de pelearse. Como si pudiera protegerme. Como si pudiera proteger a alguien. No obstante, con el tiempo he aprendido que la ira que se muestra se echa a perder. Solo sirve para poner en guardia a otros. Les induce una sensación de miedo o de desafío y los obliga a adoptar actitudes defensivas, además de alentar rumores sobre locura y susurros de rebelión. Estropea su propio filo a medida que incluso el miedo se desvanece por usarlo en exceso. Así que he aprendido a crear esa gema a modo de escudo en mi interior, a empujar la ira hacia lo más profundo de las cavernas de mi corazón y a comprimirla hasta crear una geoda hecha de dolor. Todo para que, quizá, le pueda caer un poco más en gracia al pueblo de mi marido. Todos mis errores vienen de ese horrible, ardiente y machacado lugar en mi interior. A veces... Pienso cómo sería si no hubiera tenido eso.

No me preocupa que mi hijo vaya a cometer esos errores. Lo que me preocupa es que nunca llegue a tener la ocasión de cometerlos. Sin embargo, hay poder en la furia justa, y el pobre Dagrán ni siquiera tiene eso para protegerse. En este grande y vasto universo, el chico jamás ha mirado nada con odio, disgusto, miedo o ira. Solo con curiosidad y deseo de comprender. No tiene furia que lo proteja. Solo me tiene a mí. Pero todos estos grandes cortesanos que se reúnen aquí para discutir sobre joyas antiguas no permitirán que yo me interponga entre él y su mundo cruel para siempre.

Y les hemos dado la bienvenida, a pesar de las desagradables expectativas con las que pretenden encadenar a mi hijo. Les hemos dado la bienvenida en el Salón Aplacavasija, el refugio preferido de mi difunto marido. Es una gran casa construida en el interior de unas cavernas tan enormes que dejan a las llanuras subterráneas que se extienden desde la Ciudad Forjatiniebla a la altura de una flauta de guerra silbante. Les hemos dado la bienvenida, y han mirado a mi hijo como si fuese una alfombra sin la menor importancia.

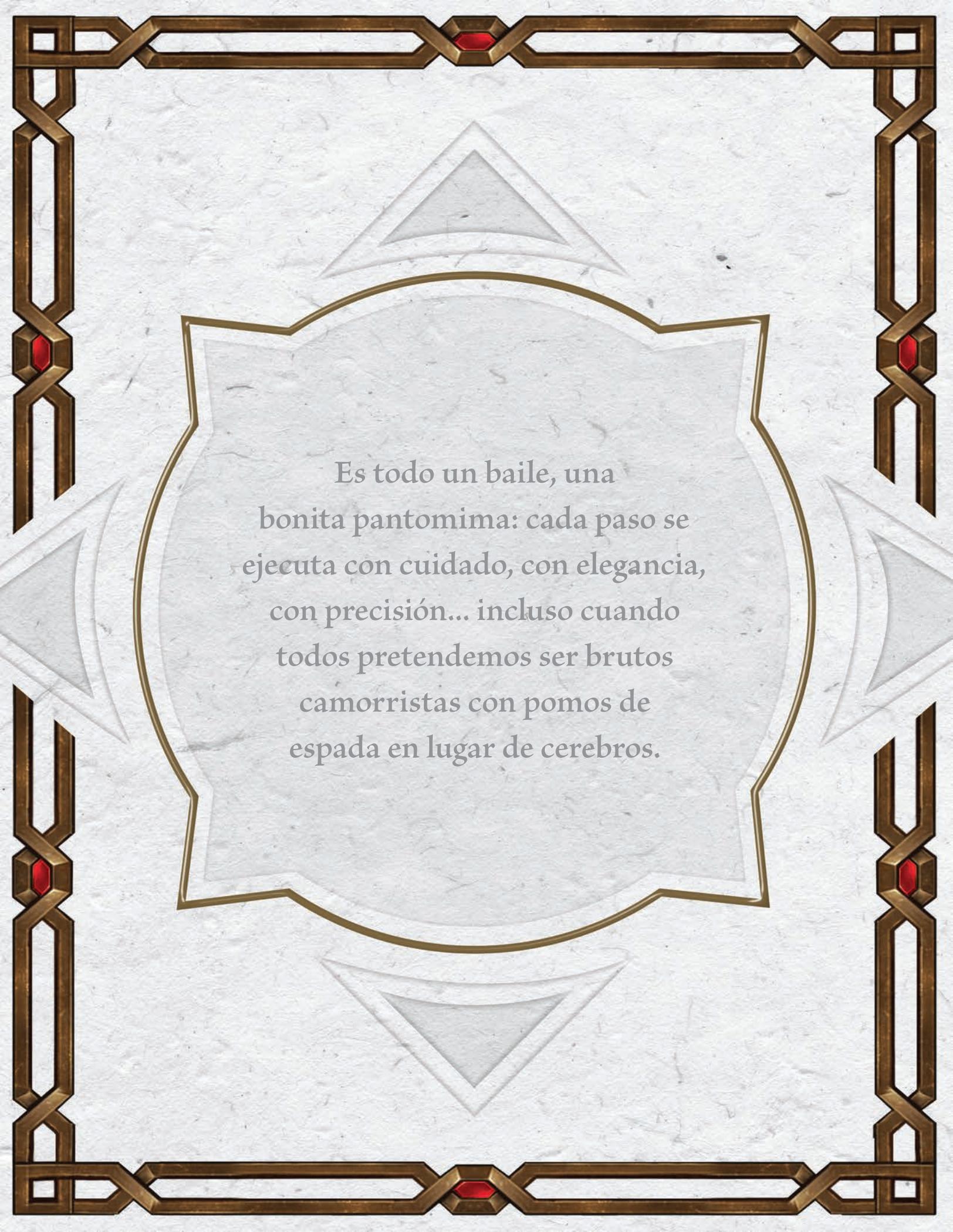
El Salón Aplacavasija es un lugar bonito, aunque demasiado grande como para considerarlo un hogar. Dagrán y yo hemos paseado por los triforios y pasarelas de roca rugosa, por los arcos de mármol negro pulido que se alzan sobre ríos subterráneos de magma que conectan cada enorme ala con la siguiente, por las ventanas de alféizares

plateados y por los balcones cubiertos de flores de fuego. El paseo podría durar horas, hora de contemplación de hectárea tras hectárea de estalactitas luminosas y piedras relucientes. Horas y horas, sin nunca salir de la casa.

Yo siempre he paseado para despejar la mente. Para tener un momento de calma sin que una turba de gente furibunda solicite que se cumplan sus deseos a cada segundo. Y nunca ha habido un momento en mi vida como reina regente donde no faltaran las turbas de gente furibunda e insatisfecha. A veces, creo ver a mi hijo corriendo delante, como solía hacerlo cuando era pequeño, dulce y sin preocupaciones, y riéndose como hace años que no lo oigo. Entonces desaparece. Se esfuma detrás de una columna de ágata azul y desaparece en las sombras de mi mente. Solo quedan los remordimientos... y el problema.

He asistido a varias reuniones sobre el gran escudo que han descubierto los expedicionarios en las Tierras Inhóspitas. He examinado el maldito trasto de cerca. Había *sangre*, estaba cubierto de ella, ennegrecida, agrietada, seca desde hace siglos. La parte externa albergaba una cruz hecha con tres metales delicadamente trenzados: hierro, bronce y oro. Dividían la enorme superficie en cuatro imágenes descoloridas por el tiempo y golpeadas por la vejez. Una ornamentada y delicada corona de plata, engarzada con perlas negras y joyas de color púrpura y verde sobre un fondo negro. La atravesaba un gran martillo de guerra cuyo pomo era un simple trozo de granito, corriente y tosco. Un águila y un león rampantes estampados sobre un campo blanco, y, debajo de ellos, un cordero indefenso con una rama con flores de azahar y naranjas en la boca. Un gran cáliz de hierro tachonado con trozos de ónice y ámbar, lleno de sangre recreada con polvo de rubí. Y, por último, una torre de roca negra. La mampostería estaba agrietada por la mitad y la envolvían unas llamas de topacio y granate que se cernían sobre los otros cuartos del escudo, como amenazándolos a todos. El borde que contenía estos diseños estaba hecho del mismo metal trenzado, pero se le sumaba una cuarta cinta de plata que tenía grabadas unas runas tan antiguas que ni siquiera los eruditos más eminentes presumían de poder leerlas o se atrevían a afirmar que fuesen palabras.

He escuchado las pruebas y las explicaciones, tanto prácticas como nacidas de la pasión. He examinado el artefacto de cerca. Y he llegado a la conclusión definitiva de

The page features a complex gold border with a repeating geometric pattern and small red gemstones at the corners. A large, ornate gold frame in the center contains the text. The background is a light, textured paper with faint, embossed triangular motifs.

Es todo un baile, una  
bonita pantomima: cada paso se  
ejecuta con cuidado, con elegancia,  
con precisión... incluso cuando  
todos pretendemos ser brutos  
camorristas con pomos de  
espada en lugar de cerebros.

que no tengo el menor interés en esa plancha de metal y cuero carcomido por el tiempo. No es nada y no significa nada. Artesanos ociosos intentando impresionar a un rey muerto hace demasiado tiempo que no sería capaz de distinguir entre rampante y encabritado, pero seguro que dominaría como nadie el arte de separar los sesos de sus cráneos. Es un motivo muy elaborado y caro por el que luchar, solo eso.

¿O es obra de los Barbabronce porque la técnica para entrelazar los metales de forma tan elaborada es un secreto exclusivo de sus herreros? ¿Será cosa de los Hierro Negro porque los rubíes, ópalos y ónices fueron tallados y engarzados con su estilo? ¿O será de los Martillo Salvaje porque al juntar el águila y el león, se forma el grifo? Consultemos a los cabezas de todas las familias importantes. Quizá hasta podamos declararnos la guerra por eso.

Y así, sin descanso, durante toda la larga historia de los enanos, hemos luchado para dejar de ser montones de rocas y comenzar a ser personas. Seguro que nos pondremos de acuerdo para finalizar ese proceso. Un día de estos.

Pero hoy no.

Hoy han discutido, se han peleado, han bramado y han hinchado los deltoides como pájaros en época de apareamiento. Varias madres han recibido insultos, luego se han sacado a pasear los típicos crímenes del pasado y después ha habido un almuerzo.

Pero el almuerzo nunca es una simple comida, no. El arte de gobernar se traslada a la mesa, a ambos lados. Tengo la sospecha de que esta gente se mató de hambre durante un mes antes de llegar para que su vigor y apetito costaran todo lo posible a las arcas de los Forjatiniebla. Es todo un baile, una bonita pantomima: cada paso se ejecuta con cuidado, con elegancia, con precisión... incluso cuando todos pretendemos ser brutos camorristas con pomos de espada en lugar de cerebros. Aunque todos sabemos que la pieza acabará en un museo o en un monasterio donde todos podrán contemplarla, pero pocos dedicarán tiempo a hacerlo. Es absolutamente *agotador*.

Y a mí se me da mucho mejor que a ellos. ¿Cómo no? Ninguno de estos eructos ambulantes sabe hornear su propio pan y nunca se han molestado en fregar su propia mesa tras haber derramado cerveza por todas partes... Y mucho cuidado con estropear el

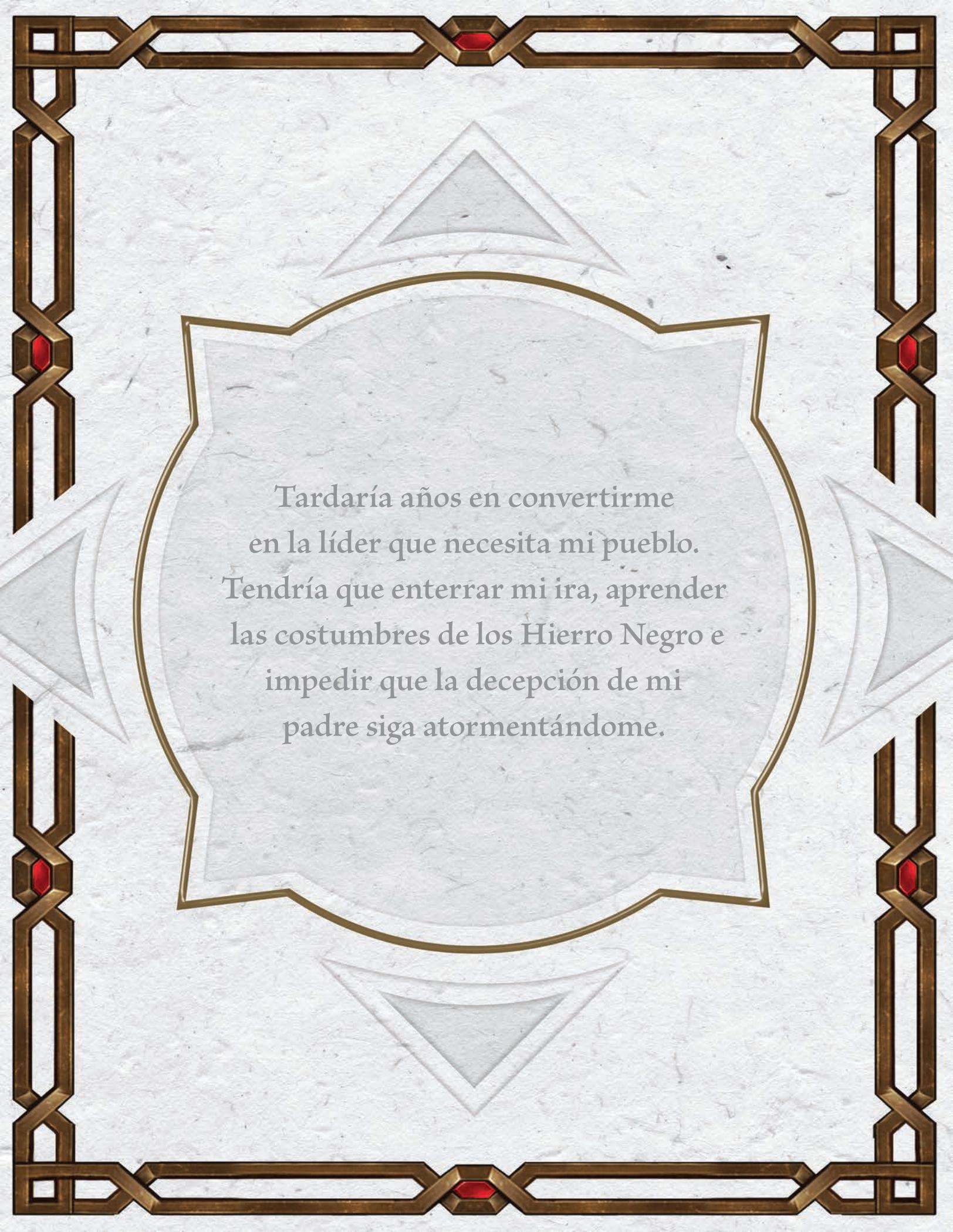
grano con tus dedos regordetes, Grunthin Vientolátigo, que vales lo que la pulga del culo de un grifo. Oh, ¿que Thurn Azoteberilo, eminente pedorro de Forjaz, ha dejado que el horno se caliente demasiado y ha echado a perder las hogazas del desayuno? ¿Cuántas veces debería azotarlo el cocinero?

Ninguna en absoluto. Nacieron para un propósito más elevado, ¿verdad? Se les da muy bien golpear las mesas con los puños y gritar peticiones, mientras que yo me dedico a una labor más silenciosa. Para ellos es indigno saber que servirle a un hombre su plato preferido puede inclinarlo hacia una causa, o que un dormitorio lujoso adornado con las flores preferidas de su madre puede ablandar su resolución, o que la cerveza amarga que no se lleva bien con su estómago puede ponerlo en contra de cualquiera, sea quien sea. También ignoran que un simple pestillo suelto en un establo podría hacer que se escapara su carnero y este fuese a aparearse con una de nuestras ovejas, lo que le recordaría muy vívidamente el valor de las alianzas, o que los regalos hechos con el suficiente cuidado pueden endeudarlos sin que lleguen a saber nunca que han aceptado los términos que se les proponen. Estos fanfarrones orgullosos se creen que el baile de la política comienza con su llegada. No son capaces de imaginar que la música comenzó semanas atrás, ni tampoco comprenden la ventaja de ser los dueños de la pista de baile.

¿Que si he intentado enseñarle todo esto a mi hijo? Claro que sí. Yo misma tardé mucho tiempo en entenderlo. Me resistí año tras año. No *quería* aprender estas cosas. El mundo de mi madre. Las ideas de mi madre. Las habilidades y sutilezas de mi madre cuando yo solo quería ser como mi padre: en cuerpo, alma, mente y trono. No solo para ser como él, sino para que él lo viera en mí, por sí mismo, y no porque mi madre moribunda le dijera que mirara. Aunque aprendiera a hornear pan trenzado, a tejer el metal más fino para convertirlo en hilo de lino brillante y memorizara todas las afrentas de la infancia de cada hombre políticamente relevante en Khaz Modan para sacarles partido, para él seguiría sin tener valor.

Magni Barbabronce nunca miraría a su hija y vería un hijo.

Tantos errores, y todos porque solo quise ser como él... Resolver todos los problemas haciéndolos sangrar. Tanto sufrimiento porque otras soluciones no me hacían sentir



Tardaría años en convertirme  
en la líder que necesita mi pueblo.  
Tendría que enterrar mi ira, aprender  
las costumbres de los Hierro Negro e  
impedir que la decepción de mi  
padre siga atormentándome.

heredera de mi padre... Tanta cerveza derramada sobre la mesa... ¿Y para qué? Tardaría años en convertirme en la líder que necesita mi pueblo. Tendría que enterrar mi ira, aprender las costumbres de los Hierro Negro e impedir que la decepción de mi padre siga atormentándome. Cometí errores en el proceso, pero fui yo quien vio hacerse realidad la visión de mi marido, quien ayudó a liberar a los Hierro Negro del yugo de Ragnaros y quien los alió con el resto de los clanes para luego unirse a la Alianza. Solo entonces mi padre me vio tal como era y no como él pensaba que tenía que ser.

Decidí que nunca dejaría que este fuese el modelo con el que criar a mi hijo.

A diferencia de los nobles que rebuznan en nuestra mesa, mi hijo ha horneado sus pasteles de carne de jabalí y oso, ha hilado su lana, ha tejido sus túnicas y ha fregado las piedras del Salón Aplacavasija hasta que el suelo ha quedado brillante y sus manos, ensangrentadas. El problema nunca radicó en que no supiese jugar a este juego. La cuestión es que nunca quiso participar en él. Se entierra entre sus libros y finge que no sabe nada de estos asuntos. No se comporta como un enano. Es Dagan, y una flor entre losas de roca debe parecerse a la piedra o será aplastada.

La alta administradora Angrid Yelofestín preparó y sirvió la comida ella sola. Los representantes del clan la ignoraron cuando entró. ¿Quién era? Solo una mujer mayor. Para ellos, lo mismo podría haber sido un mueble roto que solo sirve para apoyar una jarra de cerveza, una criatura encorvada que arrastra los pies sobre las losas del suelo, con la espalda doblada por la edad y los ojos distantes y vidriosos. Sus manos artríticas temblaban sobre el borde de una gran fuente dorada estampada con los sigilos de los grifos de los Martillo Salvaje, que estaba repleta de colmenillas azucaradas, *haggis* especiados y morcillas cubiertas con la hirviente salsa de mantequilla de osozarza importada de Kul Tiras. De niño, Grunthin no era más que un pequeño pastelito codicioso y regordete. Nunca pensé que querría escuchar las historias de su madre sobre las manchas que se echaba en el cuero de la ropa con gotas y pegotes de la salsa de mantequilla de osozarza, pero en aquel momento me alegré de oír sus quejas.

Tras servir a Grunthin y a Falstad Martillo Salvaje, la pobre y tambaleante Angrid recuperó el equilibrio mientras colocaba una fuente de bronce estampada con los

sellos de Forjaz. El enorme plato estaba repleto hasta los bordes de filetes de Aleta Helada, líquenes condimentados con miel y carne de jabalí tierna rellena de higos de invierno. Thurn Azoteberilo se relamió. Cada vez que enfermaba, su anciana enfermera le preparaba líquenes condimentados con miel para que los chupara. Le hacían sentir somnoliento y dócil, además de cuidado y protegido. Pero Thurn no había venido solo; ningún clan había enviado una única boca con la que discutir. El representante de los Barbabronce, mi tío Muradin, cogió con ansia un puñado de lancurdias árticas de Dun Morogh, sus preferidas, que además se habían preparado fuera de temporada.

Y luego estaba mi plato: hierro ennegrecido cubierto de verduras amargas, corazones de cangrejo de río todavía en sus conchas y una hogaza de pan trenzado con especias rojas, con una guarnición de frutos secos, cebollas, trozos de queso duro y unos pedazos de tocino tan grandes como mi cabeza y el doble de apetecibles.

Sé todo esto porque lo planeé yo misma. Descubrí hace tiempo que detesto las sorpresas, aunque hubo una muy agradable: Angrid. Angrid es más vieja que el magma. Cuando el emperador y yo llegamos aquí por primera vez, jóvenes, enamorados y decididos a llenar cada una de estas habitaciones con un niño o al menos a agotarnos en el intento, Angrid ya tenía las trenzas completamente blancas. Hasta donde yo sé, surgió de los cimientos de este lugar cuando el martillo colocó la primera losa. Era la jefa de cocina cuando nos conocimos, y venía de una de las ramas más humildes de una familia menor. Ahora es una gema singular, engarzada en los duros confines del Salón Aplacavasija. Aquí no ocurre nada que ella no sepa. De los que nos visitan, son pocos los que la conocen, pero así lo hemos planificado las dos desde que quedé viuda y ella se convirtió en mi maestra de espías.

La mano de Angrid se mostró perfectamente firme mientras echaba vinagre caliente sobre un cuenco de piedra para remojar mis cangrejos de río. Sus manos siempre son firmes a menos que yo le indique lo contrario. Me disculpé por sus dolencias y su dureza de oído cuando en realidad no la afligía nada de eso. A los grandes líderes de los clanes les daba igual. Ni siquiera la veían. No era nada para ellos.

Nos inventamos un idioma con los dedos cuando yo aún era una joven novia que esperaba visitar este lugar con frecuencia. Por supuesto, no tuve la ocasión de ser una novia mayor. Aprendimos a usarlo con tanta rapidez y sutileza que podíamos terminar una conversación antes de que alguien preguntara por qué jugueteaba sin parar con mis anillos o por qué tocaba las puntas de los tenedores o el motivo por el que golpeaba silenciosamente los nudillos con el pulgar.

«*¿Dónde está mi chico?*», preguntaron mis dedos.

«*¿Dónde va a estar? En la biblioteca*», contestaron los suyos.

«*¿Todavía? ¿Qué está haciendo?*», preguntó el arqueado de una de mis cejas y un ademán seco de mi barbilla hacia el ala norte de la casa.

«*Nada útil. Solo sé que nadie ha concebido un heredero con un libro*», dijo con sutiles movimientos de las uñas sobre el borde de la bandeja y unos tirones de sus menudas patillas salpicadas de nieve a las que tanto cariño les había cogido yo.

«*Dile que venga. Debería estar aquí*».

«*No vendrá, mi reina. Lo sabes*».

«*Es testarudo como su padre. Y como el mío*».

«*Y como tú*».

Lancé una concha al suelo y suspiré.

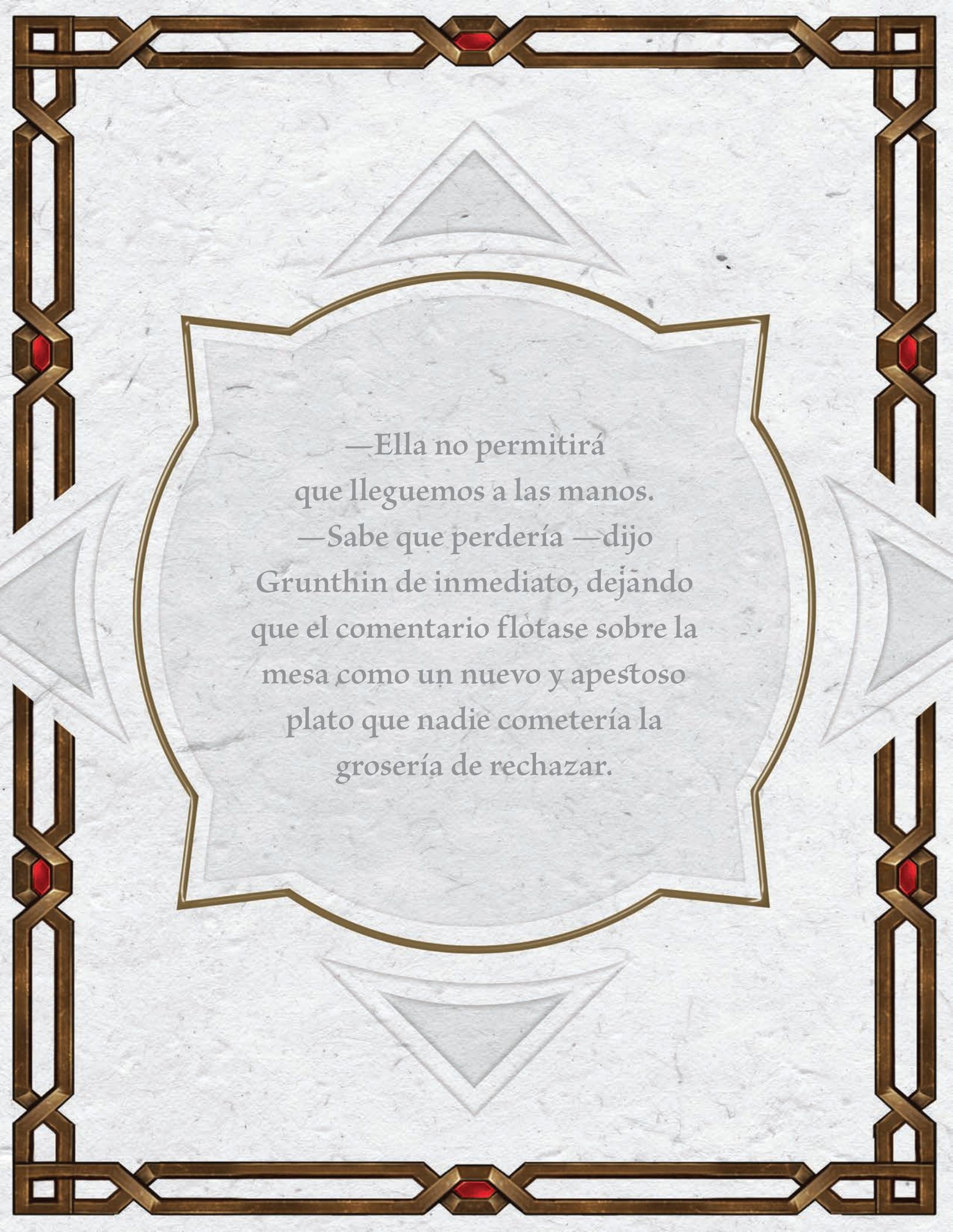
—Hermanos, estoy a punto de pedir que me traigan la maza para partir este adorno en cuatro piezas. Así todos nos llevamos un trozo, lanzamos el que queda al mar y volvemos nuestra atención a lo que tenemos delante, que sigue caliente y apetitoso.

—Nadie que crea que eso satisfará a Forjaz tiene derecho a llamarme hermano —gruñó Thurn Azoteberilo—. El escudo nos pertenece. ¿Cómo puedes negarnos algo así siendo una hija de los Barbabronce? ¿Tu lealtad está al servicio de los Hierro Negro incluso cuando tu hijo refleja el legado de ambas casas?

—Qué sutileza. Debo mi lealtad, como siempre, a nuestro pueblo.

Grunthin soltó una risotada con la boca llena de mantequilla.

—Ah, Moira, deja que peleemos por él. Al final es lo que íbamos a hacer de todos modos. No sé por qué lo estás posponiendo. Todo esto acabará en cuanto se me permita



—Ella no permitirá  
que lleguemos a las manos.  
—Sabe que perdería —dijo  
Grunthin de inmediato, dejando  
que el comentario flotase sobre la  
mesa como un nuevo y apestoso  
plato que nadie cometería la  
grosería de rechazar.

exponer mis argumentos de forma *clara y eficiente*. —Vientolátigo levantó una de sus enormes manos y después la otra para dar énfasis a sus palabras—: Los argumentos sin puños son como frases sin puntuar. Puede que te apañes, ¿pero qué razón hay para cargarse a uno mismo y a los demás con más esfuerzo? Es mejor hacerlo bien desde el principio.

Parecía que Falstad iba a decir algo, pero Thurn se adelantó:

—Ah, en eso estoy totalmente de acuerdo —dijo el Barbabronce entre tragos de cerveza—. Desde que inauguramos este consejo, llevamos demasiado tiempo sin desfogarnos, sea entre nosotros o con un tercero. Dadnos una pelea y más botellas de eeeesto. Más de esto. ¿Hay más?

Mi tío me miraba fijamente. Tenía la barba húmeda con la comida que yo había pagado. Carraspeó como si fuera a decir algo importante:

—Ella no permitirá que lleguemos a las manos.

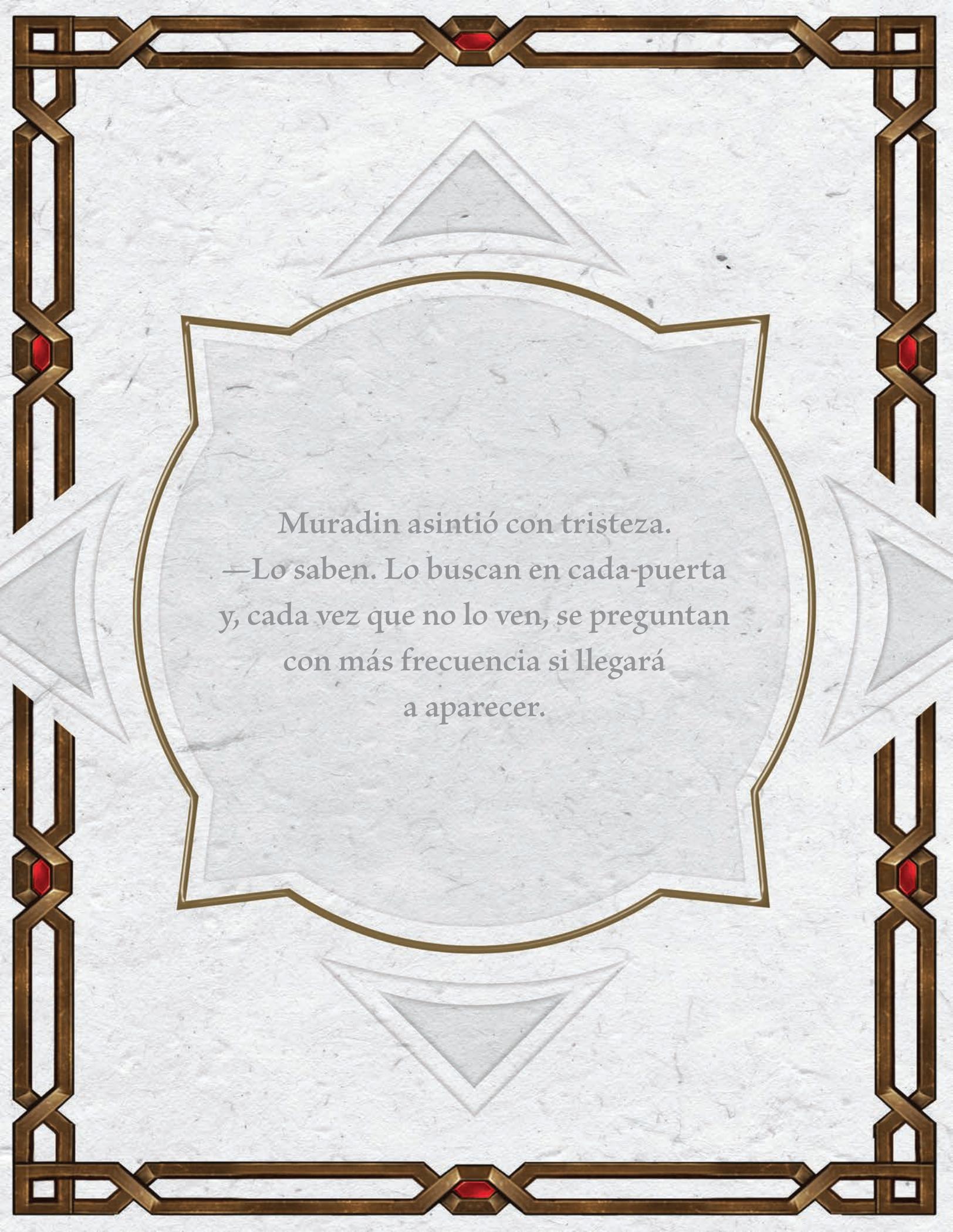
—Sabe que perdería —dijo Grunthin de inmediato, dejando que el comentario flotase sobre la mesa como un nuevo y apestoso plato que nadie cometería la grosería de rechazar.

Se quedó esperando una carcajada o una sonrisa, pero tuve la indulgencia de soltar un suspiro. Sé lo que soy. Sé cuál es mi camino en el mundo. Todas las comidas, flores, códigos y susurros cuidadosos surten efecto, pero con un enano siempre tienes que usar la puntuación.

Con la rapidez que me enseñó mi padre, agarré el cubierto de hierro del cuenco del cangrejo, giré la muñeca y se lo clavé en la rodilla por debajo de la mesa al idiota del Martillo Salvaje. Gritó de dolor.

—Venga ya, Grunthin —dijo mi tío—. Te la estabas buscando. Ahora todos sabemos lo que hay, ¿no?

Retorcí el cubierto en la articulación de Grunthin. Los ojos se le salieron de las órbitas. Me incliné hacia él, y todos esos hombres, sus lugartenientes e incluso las criaturas del escudo me observaron. Todos esperaban a ver qué ocurría antes de elegir bando, los muy cobardes.



Muradin asintió con tristeza.  
—Lo saben. Lo buscan en cada puerta  
y, cada vez que no lo ven, se preguntan  
con más frecuencia si llegará  
a aparecer.

—Cría azotada por el viento —dije con un siseo—. ¿Acaso perdí contra los Peloe-scarcha mientras tú te acurrucabas en tu fortaleza temiéndome más a mí que a los trols que amenazaban nuestras tierras?

Grunthin no suplicó con palabras. Lo hicieron sus ojos, con *claridad* y *eficiencia*, a la vista de todos.

—Ve a limpiarte, chico —dijo Muradin.

La sala se vació en un abrir y cerrar de ojos a excepción de mi tío, que sonreía despreocupadamente y con aire de suficiencia al otro lado de la mesa.

—Gracias por la ayuda, tío —dije sin disimular mi tono jocoso.

—Siempre estaré encantado de hacer sitio en una sala para que mi sobrina esté a gusto —contestó Muradin inclinando su poblada cabeza—. Espero que tengas razón y podamos calmar a esta gente con la sopa de mamá y la canción de laúd preferida de papá. Pero temo que no seas capaz de aprovechar la situación con tanta habilidad. Te están provocando. Con todo esto pretenden poner a prueba a *Dagran*. Quieren ver qué haría él. El tipo de heredero que sería. No se marcharán ni aceptarán ninguna solución hasta que lo demuestre. Abrió un cangrejo con su propia daga. No estaba adornada con sigilos elegantes o joyas; solo era un triángulo de metal tosco, afilado, cruel y acostumbrado a ser usado.

—Todo esto lo he hecho por mi hijo. —Noté cómo se me enrojecía el rostro—. Como heredero de ambos tronos, tiene el poder de controlar el consejo. Pero, tío... Tío, si demostrar su valía al consejo y a las familias poderosas se reduce al uso de la fuerza bruta, sabes que jamás lo conseguirá. Estoy intentando que haya otro modo de proceder, uno a *su* medida. Saben los titanes que ni siquiera está aquí para  *fingir*  que está preparado.

Muradin asintió con tristeza.

—Lo saben. Lo buscan en cada puerta y, cada vez que no lo ven, se preguntan con más frecuencia si llegará a aparecer. —El viejo enano me puso la mano en el brazo—. Conozco a tu padre... y sé que no se portó bien contigo. Incumplió la promesa que le hizo a Eimear. La promesa de cuidarte. Mantener a alguien a salvo no implica negarle las herramientas que necesita para valerse por sí mismo en tu ausencia. Pero... tampoco es

sabio proteger a Dagrañ con tanto ahínco como para que crea que no necesita una armadura... o que la vestirá el solo.

Muradin se dio una palmada en las rodillas con sus anchas manos y se puso en pie mientras se ajustaba el cinturón alrededor de la barriga. El viejo guerrero Barbabronce miró el tenedor ensangrentado del suelo. —Querrán volver a reunirse por la mañana. Tráelo. Ya es mayor. Ha pasado tiempo más que suficiente. Es un muchacho amable, Moira. Pero no podrá gobernar a los enanos si ni siquiera le dejas tratar de ser uno de ellos.



La luz natural no llega al Salón Aplacavasija salvo en un solo lugar. La mansión, los terrenos, los establos, la armería e incluso los muros y los ríos, todo se extiende, resuena, se eleva y se adentra en las profundidades. Las estoas, los pasillos y las columnatas reforzadas reflejan una luz rojiza debido al magma caliente que se encuentra muy por debajo. Así se iluminan todos los muros y los arcos, con la ocasional aparición de alguna llama anaranjada de las linternas talladas que se colocan allá donde las sombras se vuelven demasiado profundas. A los forasteros siempre le ha parecido un lugar lúgubre y opresivo; mi gente lo encuentra seguro. Tranquilizador. Correcto.

Pero hay un lugar... Un lugar donde un marido primerizo —y lo bastante joven como para arrancar una tira del cielo nocturno para hacerle un chal a su esposa si ella así lo deseaba— ordenó que se perforara el escarpado techo de piedra hasta la superficie para luego cubrirlo con paja y con un grueso cristal transparente que permitiese el paso del sol y nada más. Y ese único y tembloroso rayo de luz diurna cae sobre la sala de los retratos, concretamente sobre un cuadro que no debería estar allí, ya que no representa a ningún ancestro o héroe de los Hierro Negro que se haya ganado su presencia. Se trata de un cuadro de mi padre, sosteniendo con cariño la mano de mi madre y mirándola con un amor íntimo y patente que ningún retrato debería ser capaz de transmitir.

No hay forma de llegar a la gran biblioteca desde las cámaras donde se celebran las reuniones sin antes pasar por la sala de los retratos. En aquel momento me dolía

contemplantarlo, incluso tras todo lo sucedido. Mis padres, iluminados por el amor de mi esposo porque sabía que echaba de menos mi hogar, que no imaginaban lo pronto que me iba a casar y los motivos para hacerlo.

Magni Barbabronce. Mi padre, que no pudo dejarme ser yo misma o usarme adecuadamente. Abrazó a mi madre en su lecho de muerte, hecha pedazos a manos de unos trolls de hielo. Se quedó mirando su vientre destrozado mientras prometía ser un padre de verdad y tenerme siempre a su lado. Dejando de lado esas palabras tan bonitas, lo único que hizo fue enseñarme a golpear con todas mis fuerzas cuanto se me pusiera por delante.

A él no lo criaron así. Supongo que él creía que sí porque disfrutaba dando golpes, y también por eso eran sus mejores recuerdos. Pero, desde el momento en el que exhaló su primer aliento, todos, desde las nodrizas con velos hasta los soldados que estaban abajo en el patio creyeron que la violencia y la fuerza eran innatas en él. Su educación consistió en temprar ese acero natural con sensatez, magnanimidad, justicia y la a veces necesaria misericordia.

Desde mi primer aliento, mi padre supo que yo era inferior. Más débil, más blanda, con un aroma más dulce, poco seria, poco llamativa, pequeña. Dado que había tenido una niña como heredera al trono, consideró que su educación debía consistir en cortar ese lino natural para tejerlo en forma de la túnica de batalla más basta que se pueda imaginar, ya que solo su versión más fuerte tendría alguna posibilidad. No me instruyeron sobre la filosofía del gobierno, ni un mago extranjero me dio lecciones sobre los entresijos de la justicia, y nunca me enseñaron a contenerme si alguna vez tomaba medidas para salvar a los débiles o a los inocentes; un príncipe que no usa todas sus fuerzas sigue siendo temible, aunque sea sabio y misericordioso. Una princesa es simplemente eso: una princesa. Si no golpea con toda su fuerza, es posible que nunca pueda volver a hacerlo.

Pero quizá eso no sea justo. Magni era consciente de esas cosas. Magni organizó mi mundo teniéndolo en cuenta. Pero hay hijas que no están de acuerdo, y también hijos. Tal vez porque mi padre se alzaba tan colosal ante mí que fui incapaz de ver que mi dolor

era el suyo hecho carne, y que no todas las miradas del mundo estaban en mi contra porque no era un varón. Intenté hacerlo mejor con Dagan, lo intenté, pero en algún momento fallé. En los reflejos del dolor. Y al tratar de protegerlo, no lo hice. Me protegí a mí misma y lo dejé indefenso.

Quizá, cuando al fin pude salvarme de la prisión helada que fue una promesa a medio cumplir, cuando brillé tanto y actúe con tanta decisión en las profundidades de una mazmorra que el mismísimo emperador me liberó y me hizo parte de su futuro, que me amó lo suficiente como para permitir que el sol penetrase en su fortaleza solo por mí... Cuando me convertí en reina por derecho propio, ganado en la batalla del amor —que no es menos dura que cualquier otra guerra librada en un campo lleno de cadáveres—, el hombre del cuadro me lo arrebató. Mi propio padre. No podía soportar que reclamase mi derecho de nacimiento, pero tampoco me permitía tener otro distinto.

Entonces, mi nodriza, envuelta en un velo, puso en mis brazos un niño pequeño y arrugado y dijo: *«Conviértelo en un rey, en un hombre y en un guerrero ante el cual tiemblen todos los que no pudieron verte por culpa de la sombra de tu padre».*

¿Qué tenía que hacer con él? ¿Qué bien podría hacerle a este extraño reflejo de mi Dagan? Otro Dagan que a su vez no lo era. No se parecía nada a su padre o a su madre. Nació tranquilo, gentil y cariñoso, cosa que yo no era, y que no deseaba ser ningún hombre que yo hubiera conocido. Nació con tanta felicidad y bondad que incluso Rechinador dejó que le besara la nariz. La violencia habría que enseñársela, porque de mi pecho solo sacó sabiduría.

Ah, hijo mío, hijo mío... ¿Qué será de ti con una madre como yo?

El frío sol se filtró a través del cristal y se posó como una mano sobre la mejilla dibujada de mi madre. Observé el movimiento de la luz durante un rato largo. Demasiado largo. Habían pasado muchos años desde la última vez que pude mirar hacia arriba al cruzar la puerta que lleva a la biblioteca y en la que inevitablemente siempre se encuentra mi hijo, sea cual sea la hora. Muchos años desde la última vez que fui capaz de contemplar a la familia que nunca existió.



El muro de piedra  
tras el cuadro estaba cubierto  
por una maraña de raíces, ramas  
y flores que había atravesado la roca.  
Una lila primaveral, decidida a vivir,  
deshacía sus propios cimientos  
lentamente mientras crecía. ¿Pero  
qué podía hacer al respecto?  
¿Dejar de crecer? Ninguno de  
nosotros puede hacerlo.

El muro de piedra tras el cuadro estaba cubierto por una maraña de raíces, ramas y flores que había atravesado la roca. Una lila primaveral, decidida a vivir, deshacía sus propios cimientos lentamente mientras crecía.

¿Pero qué podía hacer al respecto? ¿Dejar de crecer? Ninguno de nosotros puede hacerlo.

Y allí estaba Dagrañ, al otro lado de la gran puerta, de los cuadros y de los faroles, como una semilla en su cascarón. En el lugar que dijo Angrid; un lugar que no había ni que mencionar. En la gran biblioteca del Salón Aplacavasija, rodeado de libros abiertos en capítulos, versos y reflexiones sobre un millar de temas distintos, leyendo unos nueve tomos a la vez —así le gustaba hacerlo— cambiando entre uno y otro como una mariposa entre las flores. Dagrañ Thaurissan II, hermoso, amable y avisado, con el pelo revuelto, los dedos cubiertos de manchas de tinta y a varias estaciones de convertirse en un hombre adulto, tenía la mirada iluminada por el interés y la emoción concreta que estuviese sacando de aquellas páginas.

En el muro sur, había colgado un trozo de pergamino con un dibujo detallado y cuidadosamente sombreado del maldito escudo con todo su desconcertante misterio. La mitad estaba dibujada con colores brillantes; los colores exactos del objeto real. La otra mitad seguía formada por líneas bastas de carboncillo. Lo cierto es que el parecido era extraordinario. Incluso la sangre seca y las abolladuras estaban representadas a la perfección.

—¿Lo has dibujado tú? —le pregunté a mi muchacho.

—¿El qué? —replicó Dagrañ sobresaltado, como si hubiese despertado de un sueño.

Buscó a tientas un par de gafas, un objeto que solo había visto cerca de un puñado de enanos a lo largo de mi vida. Solo los dioses saben cuántos de ellos son medio ciegos, pero están tan henchidos de orgullo que son incapaces de admitir que las necesitan. El chico las empujó sobre el puente de su nariz. Debajo crecía una maraña salvaje de pelo blanco que se había destrenzado hacía tiempo.

—Ah, eso. Pues claro. ¿Quién si no?

—Está muy bien.

—Si tú lo dices. Tampoco es muy importante.

—¿Y eso? Un montón de hombres se pavoneado con suficientes armas como para parecer puercoespines por culpa de esa cosa. He venido para hablar de eso.

—Bueno, por supuesto que es importante, pero no *tanto*. El escudo es solo... cuero y metal. No sueña con ser algo. El dibujo del escudo tiene mucho más peso que el propio objeto. Ambas cosas pueden ser ciertas. ¿Lo entiendes?

Cuando hablaba con Dagra, raza vez entendía algo.

—¿Cuánto hace que no comes?

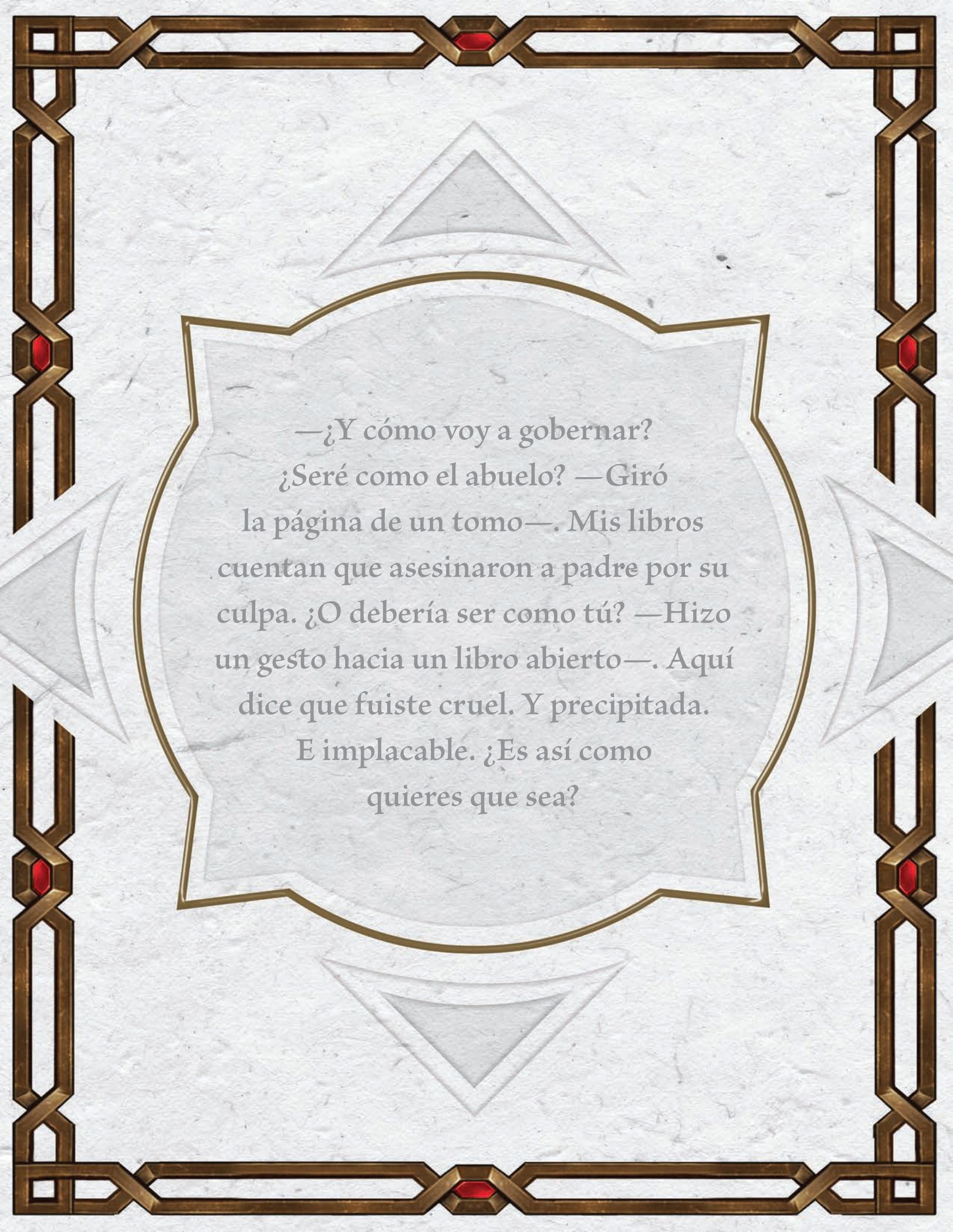
El heredero de dos clanes se subió los pantalones como un bebé que aún no ha crecido lo suficiente como para ponérselos. Estaba muy delgado y lleno de energía. Hizo un ademán.

—Puedo comer en cualquier momento. Pero es que estoy muy cerca de resolver esto. Son las palabras. Las palabras son lo que no comprendo. —Empezó a saltar de libro en libro, algunos tan anchos como mis brazos extendidos—. No hay idioma en Azeroth que no comprenda. Puede que solo sepa lo básico de las lenguas que llevan *mucho* tiempo muertas, pero, cuando dominas una, el resto se abre ante ti como una caja de rompecabezas. Las palabras y los símbolos solo se pueden ordenar de una cantidad limitada de formas. Pero no soy capaz concretar cierto aspecto de la inscripción. Las runas no encajan en ningún idioma del que haya oído hablar, aunque sea en susurros. Entonces pensé en investigar esa torre. Quizá sea algo más que un diseño bonito. Quizá fuese una fortaleza real que existió en alguna parte, en alguna época. Después pensé que sería posible localizar al artesano del diseño. Había que buscar el estilo en esos enormes libros de heráldica que solían gustarme. ¿Te acuerdas?

Claro que me acordaba. Los niños siempre creen que son los únicos que se acuerdan de su infancia.

—Pero, para hacerlo, debía comprender el estilo lo bastante bien como para reconocerlo en otra parte, y el arte nunca me interesó demasiado. Así que me puse a aprender a dibujar y pintar.

—¿Has aprendido a hacer eso tú solo?



—¿Y cómo voy a gobernar?  
¿Seré como el abuelo? —Giró  
la página de un tomo—. Mis libros  
cuentan que asesinaron a padre por su  
culpa. ¿O debería ser como tú? —Hizo  
un gesto hacia un libro abierto—. Aquí  
dice que fuiste cruel. Y precipitada.  
E implacable. ¿Es así como  
quieres que sea?

El chico se encogió de hombros.

—No ha sido tan difícil. Pero, bueno, no sirvió de nada, así que pasé a otra cosa. El cáliz tiene algo que me escama...

Se puso a hojear otro tomo enorme y, en parte, olvidó que yo estaba allí.

—Dagran, tengo que hablar contigo.

—¿Mmm?

—Dagran, ha llegado la hora.

—Brr. La hora. Sí. Madre, en este se te menciona.

No le pregunté al respecto. Ninguna aparición mía en los libros de historia sería por algo positivo.

—Dagran. Por favor. Ha llegado la *hora*. Tu hora.

De repente, se puso en pie. Su pequeño y amable rostro palideció.

—Oh —murmuró—. Oh.

—Muradin no continuará las negociaciones sin ti. Han contado los minutos que faltaban para tu madurez para librarse de mí de una vez.

—Preferiría que siguieras siendo tú siempre —dijo en voz baja y con tono de derrota.

—Nadie tiene lo que quiere —le espeté—. Solo las sobras de la mesa del destino. Tienes que tomar una decisión y yo no puedo tomarla por ti. Por las buenas o por las malas. Sigue como representante de uno de los tres clanes beligerantes en el consejo o asume el trono de tus dos linajes y disuélvelo. Sin embargo, si te inclinas por la segunda opción, puede que el precio a pagar sea en sangre.

Dagran frunció el ceño. Nunca mostraba enfado en el rostro. Casi todos pensaban que eso no era posible, pero yo lo conocía. Su ceño era como el alarido de un hombre.

—¿Y cómo voy a gobernar? ¿Seré como el abuelo? —Giró la página de un tomo—. Mis libros cuentan que asesinaron a padre por su culpa. ¿O debería ser como tú? —Hizo un gesto hacia un libro abierto—. Aquí dice que fuiste cruel. Y precipitada. E implacable. ¿Es así como quieres que sea?

¿Cómo no iba a estar furiosa?

—Ay, cielo. Los libros... son objetos sin fe. Cuando escribes algo, es como si realmente hubiera ocurrido, incluso si aquel día transcurrió de otro modo. No me hace falta leer para saber lo que se piensa de mí. Verás que dicen que fui orgullosa e implacable. Qué goberné con puño de hierro. Y esta es mi pregunta: ¿qué otro tipo de puño debería haber usado en Khaz Modan? Mejor aún: ¿qué hice yo que no hiciera otro rey antes y al que consideraron grandioso por ello?

No contestó. No podía. No había una respuesta. Ninguno de los dos habló durante un largo rato.

—Y, bueno, era joven. Los jóvenes son necios, sean grandiosos o no.

—Yo también soy joven —dijo Dagra en voz baja.

—Y en cuanto a tu abuelo —corté rápidamente—, lo odié. Durante años solo pensé en eso, pero...

Ah, ¿de verdad quería decir eso? No quería, pero era capaz de hacer muchas cosas por mi único hijo. Muchas. Incluso decir la verdad.

—Pero hizo lo correcto. Desde su punto de vista.

Dagra, que nunca conoció a su padre, volvió rápidamente la cara para mirarme. Conque había una chispa de fuego en él, a pesar de todo.

—No te creo, y me parece que el abuelo tampoco lo cree.

Las lágrimas me cubrieron el rostro. No las sentí.

—Puede que el suelo sea demasiado amargo como para plantarlo, hijo mío. Pero es primavera y debes hacerlo o, de lo contrario, no habrá cosecha. El tiempo para aprender ha acabado. Ha llegado el momento para pasar a la acción, y lo siento mucho. Créeme si te digo que, si pudiera asumir esta carga en tu lugar, lo haría. Lo habría hecho hace tiempo. —Suspiré y eché un último vistazo al cuadro a medio terminar. Tanta habilidad y tan desperdiciada...—. Mira hacia arriba cuando abandones este salón. Sobre la puerta. Verás tu última lección. Hay flores que crecen en las piedras y prosperan. Luego ve y preséntate en el salón de reuniones para hablar con el consejo dos horas tras el amanecer.

Mi hijo irguió los hombros, tal como lo hacía cuando era pequeño y corría por estos pasillos entre risas y sueños. Yo ya conocía esa postura orgullosa. Iba a responderme.

—El tiempo para aprender *nunca* acaba.



Envié a Angrid para que preparara el desayuno y lo dejara servido con el fin de que los dignatarios se dieran un festín antes del comienzo de la reunión del consejo con la esperanza de que las barrigas llenas mitigaran lo que pudiera ocurrir. Volvió demasiado rápido.

«*Mi señora* —dijeron sus dedos con brusquedad—. *No tengo nada que hacer. Ya está todo preparado*».

«*Imposible*», contesté mientras me colocaba la capa sobre los hombros y me ponía las botas.

Pero no lo era. Cuando entré al gran salón, vi una mesa ocupada ya por grupos de nobles que gruñían y se aflojaban los cinturones para que sus barrigas pudieran respirar. Bajo la mesa se veía la rodilla vendada de Grunthin Vientolátigo, que me miró con resentimiento. La mesa estaba perfectamente: los platos eran los adecuados para cada señor, cada jarra de cerveza estaba cuidadosamente regada para templar los ánimos y no la razón, e incluso los cubiertos estaban grabados con los sellos de las casas y los linajes de cada enano. Dagrañ Thaurissan II se encontraba en la cabecera, un lugar donde lo habían obligado a estar toda su vida, aunque él mismo había preparado la mesa sin depender de ningún sirviente para hacerlo.

Sus dedos se movieron brevemente, rápidos y ágiles, para tocarse el cinturón.

«*Madre* —dijeron sus dedos—. *Todo irá bien*».

Nunca le enseñé los gestos que Angrid y yo nos inventamos hace tiempo. Nunca se los enseñé a nadie. Él se limitó a mirar. Y lo aprendió.

—Honorables invitados —comenzó el muchacho, que ya no volvería a ser tal en cuanto terminara—. Sois todos unos necios. La paz que había dado el hambre saciada se esfumó en un rugido de furia de todos los presentes. Media docena de enanos buscaron las empuñadoras de sus armas. —*Sois unos necios*.

Dagran puso las manos en alto. No gritó, no rugió y tampoco dio un golpe para acobardar al resto. Pero lo escucharon como nunca lo habían hecho conmigo cuando yo hice las mismas cosas. Qué desgraciados.

—Sois unos necios, y todo esto me resulta agotador. Sé que los libros son menos entretenidos que golpearse unos a otros porque han herido vuestros preciados sentimientos...

—¿Sentimientos? —chilló Grunthin mientras el vendaje, sobre los puntos que se acababan de saltar, se cubría de sangre.

—Te pido disculpas, ¿prefieres que diga *honor*? Apenas hay diferencia.

—Cuida tu lengua, muchacho —le advirtió mi tío.

—Lo hago, y muy a conciencia. Son las lenguas lo que me han perturbado. Eso —hizo un gesto hacia la inscripción del gran y antiguo escudo— no es una lengua que haya usado ninguna de las diferentes razas de Azeroth. Entonces, ¿por qué dedicarle tanto cuidado a inscribirla en un escudo?

Los cortesanos reunidos parpadearon, confusos.

Dagran sonrió con paciencia.

—Un escudo. ¿Para qué sirve un escudo?

Confieso que disfruté bastante viendo a estos hombres, que se habían pasado la mitad de mi vida escupiéndome, retorcerse en sus sillas como estudiantes que hubiesen faltado a clase.

—Mmm... ¿Para protegerse las tripas? —aventuró a decir con valentía uno de los lugartenientes de los Barbabronce.

—Sí. ¿Y qué suele sucederles a los escudos por eso? —dejó caer Dagran con paciencia.

—Que sufren bastante —contestó Muradin, que comenzaba a entender lo que pasaba.

—Exactamente. Entonces, ¿por qué molestarse en grabarle todas estas florituras sin sentido? ¿Por qué dedicar semana tras semana a un escudo para pintarlo, conservarlo, engarzarle joyas, inscribirlo con runas por todo el contorno y en el centro para acabar trenzando tres metales y cubrirlos de filigranas como si fuera el brazalete de una dama? ¿Solo para que alguien lo aporree con una maza y haga saltar todas esas bonitas gemas?

He visto vuestros escudos y el mío. He curtido cuero y he martilleado hierro para hacerlos. Somos un pueblo práctico. No desperdiciaríamos las riquezas de nuestras minas y las habilidades de nuestras mentes más privilegiadas en un escudo. Quizá en una espada. Es posible que en una armadura para exposición. En una corona, sin duda. Pero un escudo no se considera una pieza de joyería. Es una herramienta. Y esto es *inútil* como herramienta.

Un murmullo de duda recorrió la mesa. Varias gargantas nerviosas engulleron más pasteles, pedazos de asado y filetes.

—Observadlo. Todas las joyas están intactas. Si este escudo hubiera presenciado alguna batalla, solo quedarían los engarces huecos.

—Pero tiene sangre. Y abolladuras —protestó Thurn Azoteberilo.

—¿Ah, sí? —preguntó Dagrañ haciendo un gesto de concentración, como si aún no hubiera caído en eso—. ¿Es sangre? ¿O es pintura? ¿O es algo aún más extraño? En cuanto a las pequeñas abolladuras que presenta el metal aquí y allí...

Dagrañ le pidió a Grunthin su martillo de tormenta, a Thurn su hoja de guerra y a mí mi espada. Sostuvo cada arma junto a los daños que presentaba el escudo. Ninguna encajaba. Acto seguido, el muchacho que sería emperador sacó un pequeño y delicado martillo, un par de tenazas de su cinturón y las puso junto a las abolladuras.

—La Liga de Expedicionarios siempre procura tener cuidado —rio entre dientes y con tristeza—. Son marcas de herramientas de excavación. Y ahora comento lo de la sangre. He pasado semanas en la biblioteca investigando los sigilos y las marcas, la factura de cada componente, las runas, todo. Y la respuesta es que sois unos necios.

*«No hagas que se sientan estúpidos —relampaguearon mis dedos como advertencia—. No podrás terminar de lucirte».*

—Este escudo nunca se fabricó para usarse en batalla. Es un recuerdo. Es una disculpa. Y es una promesa. Mirad de nuevo, clan Martillo Salvaje: ahí tenéis a vuestro grifo, dividido en varias partes que buscan unirse. Trágico, cercenado e incapaz de darse un festín con el cordero por muy apetitoso que parezca. Mirad de nuevo, clan Hierro Negro, ahí tenéis vuestra fortaleza, ardiendo sin posibilidad de salvación. Mirad de

The page features a decorative border made of interlocking golden-brown metal links, with small red gemstones set at the intersections. The background is a light, textured parchment. In the center, there is a large, irregularly shaped frame with a golden-brown border, containing the text. The frame has a pointed top and bottom and a slightly wider middle section. The text is centered within this frame.

Tres metales: hierro,  
bronce y oro. Hierro Negro,  
Barbabronce, Martillo Salvaje. Nos  
unimos para blandir nuestros martillos  
por algo mejor que machacar huesos o llenar  
arquetas. Antes de este consejo, de Modimus,  
de los Barbabronce, de los Martillo Salvaje y  
de los Hierro Negro. En algún momento en  
el pasado antiguo, nuestro pueblo estaba  
unido. Todos nuestros clanes fueron uno.  
Bajo el mando de una reina cuyo  
hijo tenía las manos de un  
constructor.

nuevo, clan Barbabronce, ahí tenéis vuestro cáliz alzado en los grandes salones de Forjaz. Contiene vino, no sangre. Y estáis solos, sin camaradas con los que daros un festín.

Dagran me dirigió una mirada penetrante.

—Mira de nuevo, madre. No es una simple corona lo que hay en el cuadrante superior. Es la corona de una reina. Y, atravesándola, un único martillo. Es un martillo corriente, no uno de guerra. Un martillo para construir, no para romper. Para levantar ciudades, no para devastarlas. Este escudo no ha visto batalla alguna, pero se ha creado con todo este cuidado para contar una historia: la de lo que le ocurre a nuestra gente cuando luchamos entre nosotros. Pero hace tiempo estuvimos unidos. Tres metales: hierro, bronce y oro. Hierro Negro, Barbabronce, Martillo Salvaje. Nos unimos para blandir nuestros martillos por algo mejor que machacar huesos o llenar arquetas. Antes de este consejo, de Modimus, de los Barbabronce, de los Martillo Salvaje y de los Hierro Negro. En algún momento en el pasado antiguo, nuestro pueblo estaba unido. Todos nuestros clanes fueron uno. Bajo el mando de una reina cuyo hijo tenía las manos de un constructor.

Thurn puso los ojos en blanco.

—¿Cómo es posible que sepas todo esto?

—Porque soy capaz de leer las runas —dijo Dagran—. El problema lo teníamos nosotros creyendo que estos sigilos formaban parte de un único lenguaje, que eran las palabras, ideas y métodos de un único clan. Pero no es así: pertenecen a los tres. Cada runa es una quimera, una bestia que se ha formado con las partes de otras criaturas. Las tres. Aquí tenemos el trazo alargado de la antigua escritura de los Martillo Salvaje —dijo mientras sus dedos, rápidos y cargados de inteligencia, formaban la anatomía de las letras en el aire como si fuera un pintor—. Y aquí las puntas cortantes y romas de las runas perdidas de los Hierro Negro; y la gruesa curvatura de la taquigrafía ya muerta de los Barbabronce, que los une. Cada letra se rige por este patrón. Me habría dado cuenta mucho antes si la quimera terminara allí. Pero cada letra no solo está formada a partir de tres alfabetos, sino que cada palabra se compone de fragmentos de nuestros idiomas más

antiguos, mientras que la oración en sí usa una sintaxis que parece un mosaico: la conjugación es de los Hierro Negro, la declinación de sustantivos es de los Martillo Salvaje, las preposiciones y la tipología de la sintaxis es de los Barbabronce...

Dagran estaba haciendo que perdieran el hilo. Se había dejado llevar por su gozo en los estudios y los rompecabezas, por el deleite de haber resuelto un enigma imposible y las ganas de compartirlo, de presumir de ello. Mi muchacho se había adentrado en una mina demasiado profunda y en la que aquellos hombres no iban a encontrar minerales preciosos.

*«Vuelve en ti, Dagran —pensé con desesperación—. No basta con recordar quién eres. Debes recordarles quiénes son ellos».*

Abrí la boca para corregir el desarrollo de los acontecimientos, para hacer lo que siempre había hecho: guiar, resguardar y asegurarme de que mi hijo no se tambaleara irreflexivamente en una escalera con un millón de peldaños y que cayese al suelo de piedra.

Pero no lo hice. Abrí la boca y la cerré de nuevo. Apreté el puño con fuerza. Si no era capaz de enderezar su propio camino en aquel momento, entre estos grandes hombres con sus espadas preparadas, nunca podría.

No ha habido herida de batalla que me doliese más que quedarme sentada y en silencio allí. Ninguna.

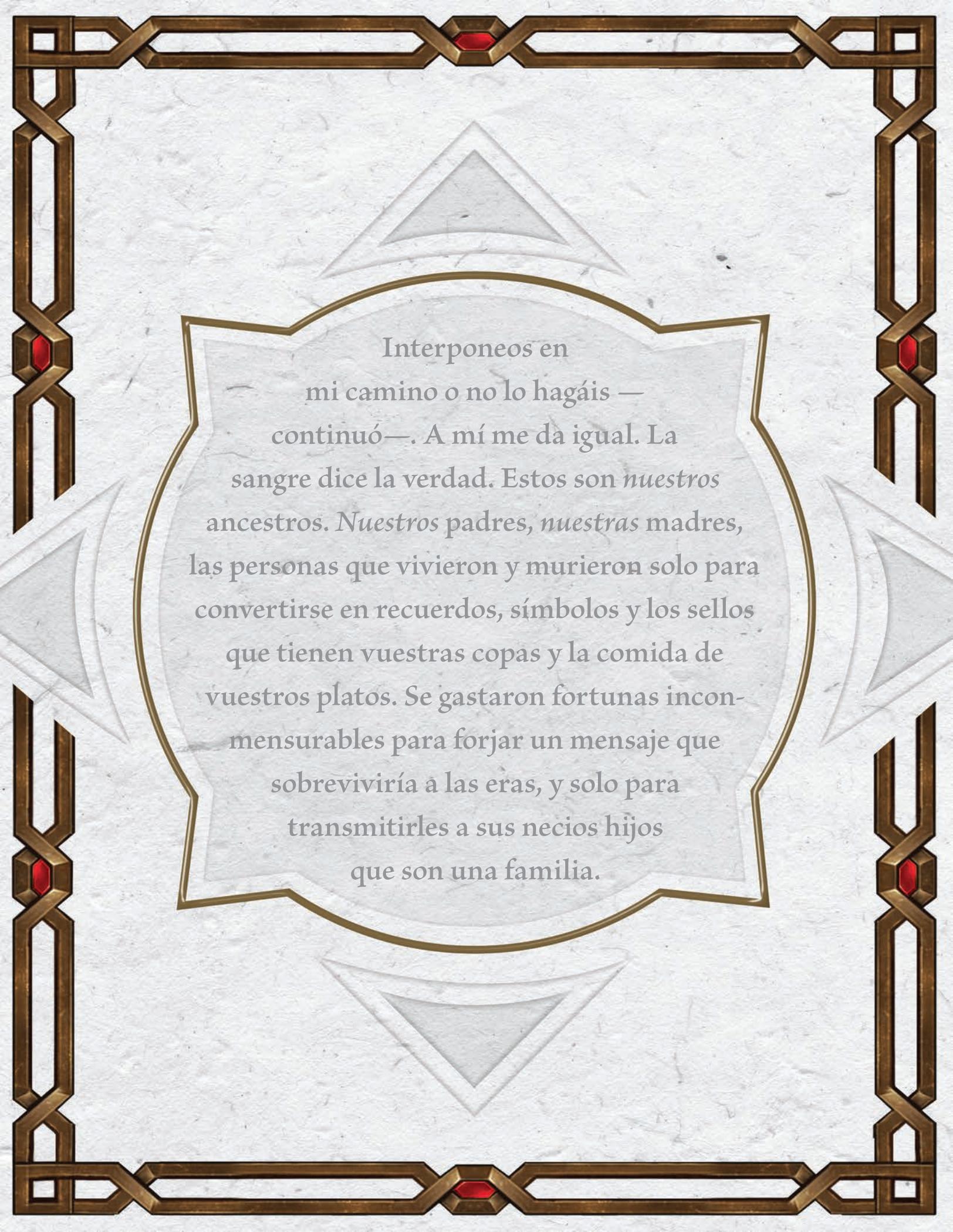
Mi hijo guardó silencio. Cerró los ojos y carraspeó. Y volvió a hablar:

—Si tengo razón, no se trata de meras runas. Son un hechizo. De restauración. Si tengo razón, se mostrará por sí mismo.

Dagran Thaurissan II recorrió la inscripción de la barra de la cruz con el dedo. —Somos todos unos necios —leyó. Después pasó el dedo por las palaras que adornaban las imágenes—. Pero eso se acabó. Eso se acabó. Eso se acabó.

Una y otra vez.

La sangre ennegrecida, agrietada, seca y cuarteada brillaba y fluía como si fuera pintura y, en un instante —menos de un instante— el escudo se cubrió de sangre enana brillante, húmeda, fresca y caliente.



Interponeos en  
mi camino o no lo hagáis —  
continuó—. A mí me da igual. La  
sangre dice la verdad. Estos son *nuestros*  
ancestros. *Nuestros* padres, *nuestras* madres,  
las personas que vivieron y murieron solo para  
convertirse en recuerdos, símbolos y los sellos  
que tienen vuestras copas y la comida de  
vuestros platos. Se gastaron fortunas incon-  
mensurables para forjar un mensaje que  
sobreviviría a las eras, y solo para  
transmitirles a sus necios hijos  
que son una familia.

—Entonces, ¿queréis ser unos necios? —dijo Dagraan con un tono de voz que yo no sabía que tenía. Golpeó el escudo con el puño con tal fuerza que lo agrietó—. ¿O vais a ser hermanos? Si elegís lo segundo, os doy la bienvenida. Si lo primero, no tengo tiempo para vuestros juegos cuando queda tanto por construir.

»Interponeos en mi camino o no lo hagáis —continuó—. A mí me da igual. La sangre dice la verdad. Estos son *nuestros* ancestros. *Nuestros* padres, *nuestras* madres, las personas que vivieron y murieron solo para convertirse en recuerdos, símbolos y los sellos que tienen vuestras copas y la comida de vuestros platos. Se gastaron fortunas inconmensurables para forjar un mensaje que sobreviviría a las eras, y solo para transmitirles a sus necios hijos que son una familia. Si es vuestro deseo faltarle al respeto a su honor, abandonad este salón, y que esa sea vuestra carga. Yo no me iré. Me quedaré. Trabajaré. Construiré. Y lo haré junto a los que sean lo bastante fuertes como para empuñar un martillo *de verdad*.

Dagraan arrojó las herramientas de excavación sobre el escudo roto y salió de la sala.

«*Sígueme y no mires atrás*», pidieron sus dedos.

Así lo hice, y en ese momento pensé que no podría estar más orgullosa del niño que había traído a este oscuro mundo.



—Se quedarán —dijo al otro lado de la puerta—. Aunque estaba más convencido cuando lo planifiqué.

—Nunca imaginé que lo harías tan bien —dije en voz baja. Le toqué la cara, la cara de mi muchacho que no volvería a ser tan joven nunca más—. ¿Cómo lograste descifrar las runas? Ayer parecía que no lo tenías nada claro. Dijiste que era imposible.

Dagraan Thaurissan II me sonrió con dulzura.

—Este lugar está lleno de ojos y oídos, y solo unos pocos son de Angrid.

—No lo entiendo. Todo lo que dijiste fue perfecto. Distes con la solución.

Ah, volvió a salir el muchacho que había en su interior. Casi se retorció de la emoción para contarme lo travieso que había sido.

—Te lo dije. El escudo no es nada. Me refiero al escudo en sí. Dije la verdad: esa cosa no se fabricó para usarse en batalla. No es posible. Es demasiado elegante, hay demasiados detalles... y todos esos metales blandos y joyas lo vuelven frágil. Los antiguos enanos no lo fabricaron para luchar, sino para hablar. ¿Lo entiendes, madre? Para hablar con nosotros. A través de los siglos. Se conocían a sí mismos. Se conocían entre sí. Sabían que cuando su lucha acabara, surgiría su unidad. Y sabían que todo volvería a pasar, inevitablemente, una y otra vez. Por eso fabricaron este gran objeto y se lo fueron legando generación tras generación casas para que llegara a sus tataranietos como si fuera un mensaje en el pico de un halcón; y el halcón era el tiempo. —Dagran rio secamente y con tristeza—. Sí que... me dejó llevar, ¿verdad?

—Entonces, ¿por qué no escribieron una sencilla carta para que todos pudieran leerla? —pregunté—. No tiene sentido.

—¡Es que sí que lo tiene! ¿Qué pensarías si encuentras un trozo de metal que pone que eres estúpido? Lo ignorarías, igual que cualquier otra persona. No, este era el único modo de garantizar que todo el mundo lo valoraba. Si el mensaje era lo bastante elaborado, extraño e indescifrable, todos los clanes tendrían que reunirse para discutir y pelearse por él. Para reclamarlo como suyo. Y juntos, quizá, podrían reunir todas las piezas que hacen falta para comprender la magnitud de lo que intentaban hacer nuestros antepasados. Lo que intentaban *transmitir*. Que es lo mismo que Angrid y tú decís con vuestras flores, vuestra música y vuestra comida: *recordad quiénes sois, porque lo que sois es lo que somos todos*. Ese escudo y ese jarrón con flores simbolizan el mismo gesto, pero con manos distintas. No, tenía que ser un rompecabezas. Uno tan complejo que nadie fuese capaz de resolverlo por sí mismo.

Dagran sonrió y, durante un instante, pareció mucho mayor y demasiado maduro.

—Como nos pasa a todos, supongo. Ah, no soy capaz de imaginar el tiempo que tardaron en... planificarlo, en ponerse de acuerdo, en tejer el oro para que fuese fino como el hilo y en tallar joyas tan delicadas como el hielo sobre una cuenca invernal. Lo que tardaron en idear el enigma. Debe haber sido... Madre, creo que esto fue obra de alguien como yo. Le dio forma y se lo entregó a un halcón para que sobrevolara un

mundo que nunca conocería, hacia la luz de los días al otro lado del lapso temporal que se le había asignado a ese hombre. O a esa mujer.

Entorné los ojos. Conozco a mi hijo. Lo conozco a fondo.

—Y no pudiste evitar añadir tus florituras al trabajo de esa alma perdida, ¿verdad?

Dagran me miró a través de sus pestañas con un brillo en los ojos.

—Puede que haya echado una mano con el hechizo de la sangre. La lingüística me apasiona. Pero pensé que a mi tío y a sus compañeros les haría falta algo más... evidente.

Sentí deseos de reírme, susurrar y analizar cada momento de esta victoria con él, tal y como solíamos hacer cuando era pequeño, donde sus únicas batallas eran contra enanos de madera y trols de juguete. Sentí deseos de contarle que en mi juventud hice algo bastante parecido y de mostrarle mi orgullo diciéndole lo mucho que nos parecíamos. Pero no lo hice. No podía. No quería arrebatarse su logro hablando de los míos, haciendo mía su virtud, inclinándome sobre él como si fuera una sombra de la que no podía escapar mientras intentaba encontrar una luz propia.

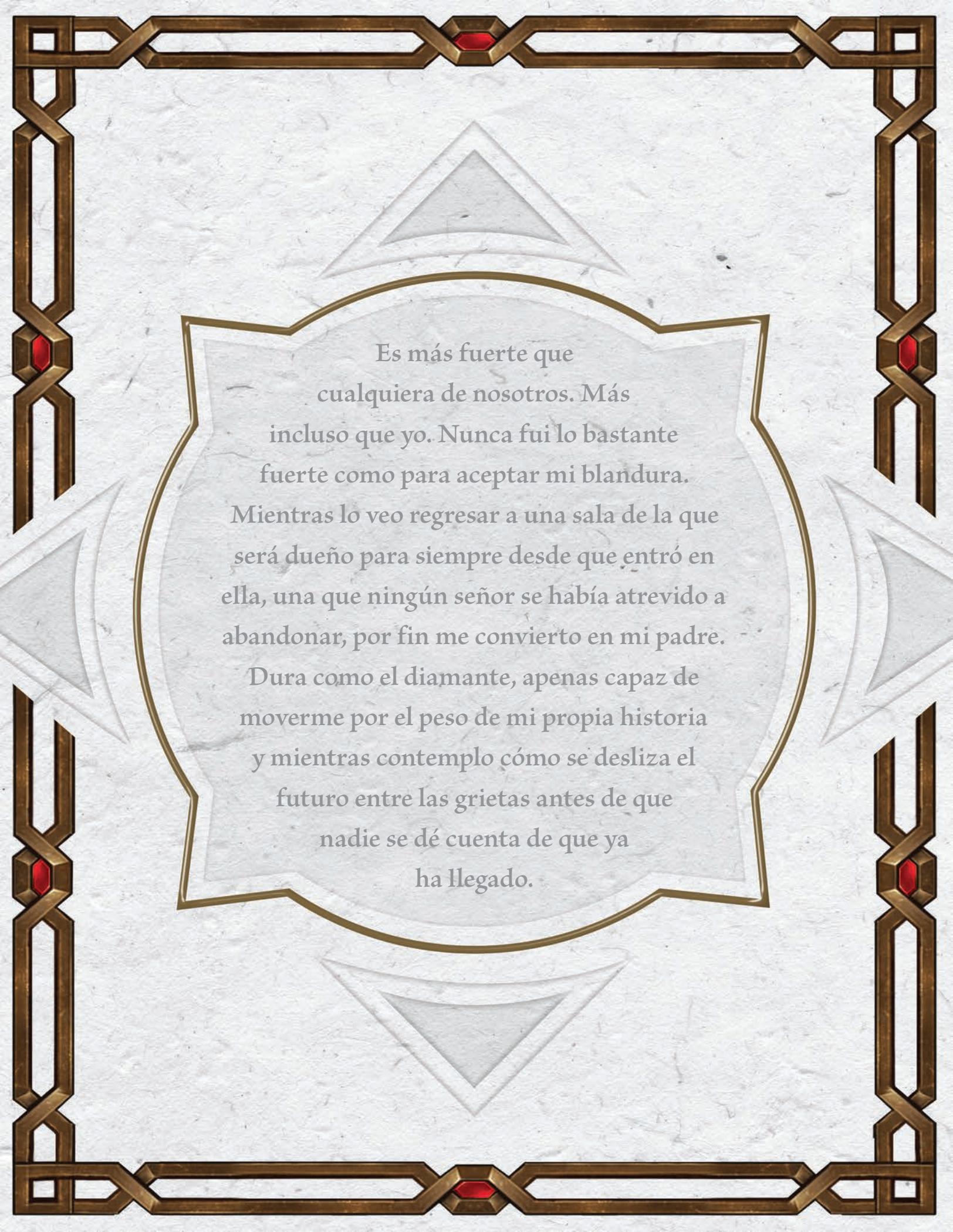
Aprenderé. Puedo hacerlo.

—Yo... Madre, sabía que este día llegaría y también sabía que no estaría preparado —continuó—. Tenía que ser mejor que ellos. Debía encontrar mi propio terreno porque nunca tendría éxito en el suyo; no más que tú. Y ahora dará resultado. Funcionará. Lo sé. Durante un tiempo, al menos. Sólo por un tiempo. Hasta que volvamos a necesitar un halcón. Me agarró por los hombros y puso su frente contra la mía. Pensé que el corazón se me iba a salir del pecho.

—Di que estás orgullosa. Di que soy tu hijo y que me ves, que ves en mí lo que te arrebataron.

—Te veo. Mi muchacho. Hijo mío. Te veo —susurré entre lágrimas.

Lo había subestimado. Como todos, solo que ellos aún deben darse cuenta. Siempre ha sido mi flor, mi lila que crece en el entorno más hostil..., pero quizá todos lo seamos. Flores bajo las piedras. Quizá todos estemos entrelazados por dentro. Puede que nuestros gritos, nuestras cargas, nuestros pisotones y nuestros ceños fruncidos se deban a que sabemos que, si la armadura de nuestros corazones cae aunque sea una sola vez, este

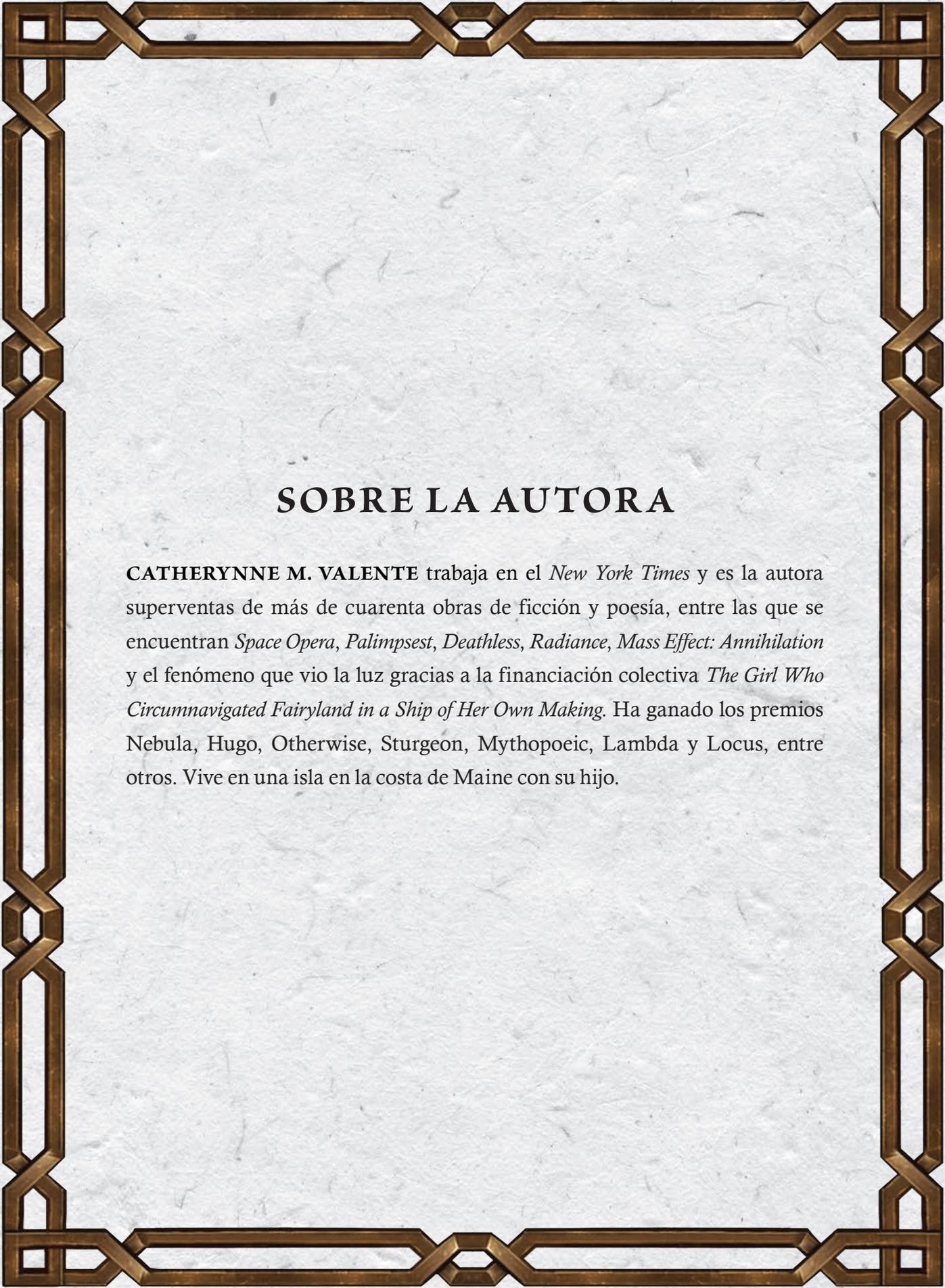
The page features a complex gold border with interlocking geometric patterns and small red gemstones at the corners. In the center, a light gray, irregularly shaped text box with a gold outline contains the text. The background is a light, textured paper with faint, embossed diamond shapes.

Es más fuerte que  
cualquiera de nosotros. Más  
incluso que yo. Nunca fui lo bastante  
fuerte como para aceptar mi blandura.  
Mientras lo veo regresar a una sala de la que  
será dueño para siempre desde que entró en  
ella, una que ningún señor se había atrevido a  
abandonar, por fin me convierto en mi padre.  
Dura como el diamante, apenas capaz de  
moverme por el peso de mi propia historia  
y mientras contemplo cómo se desliza el  
futuro entre las grietas antes de que  
nadie se dé cuenta de que ya  
ha llegado.

mundo devorará nuestros pétalos de un bocado. Al fin y al cabo, la lila no es menos terrenal y propia del suelo que nosotros, y tampoco menos que la roca petrificada sobre la que debe crecer. Pero solo Dagrán se plantó ante los horrores, les dijo que era ambas cosas a la vez y que los iba a gobernar de todos modos.

Es más fuerte que cualquiera de nosotros. Más incluso que yo. Nunca fui lo bastante fuerte como para aceptar mi blandura.

Mientras lo veo regresar a una sala de la que será dueño para siempre desde que entró en ella, una que ningún señor se había atrevido a abandonar, por fin me convierto en mi padre. Dura como el diamante, apenas capaz de moverme por el peso de mi propia historia y mientras contemplo cómo se desliza el futuro entre las grietas antes de que nadie se dé cuenta de que ya ha llegado.



## SOBRE LA AUTORA

**CATHERYNNE M. VALENTE** trabaja en el *New York Times* y es la autora superventas de más de cuarenta obras de ficción y poesía, entre las que se encuentran *Space Opera*, *Palimpsest*, *Deathless*, *Radiance*, *Mass Effect: Annihilation* y el fenómeno que vio la luz gracias a la financiación colectiva *The Girl Who Circumnavigated Fairyland in a Ship of Her Own Making*. Ha ganado los premios Nebula, Hugo, Otherwise, Sturgeon, Mythopoeic, Lambda y Locus, entre otros. Vive en una isla en la costa de Maine con su hijo.





